MANTENERSE ALERTA

Reflexión para sacerdotes desde el Corazón de María

P. Gustavo Eugenio Elizondo Alanís



«Quien intente conservar su vida, la perderá; y quien la pierda, la conservará» (Lc 17, 33)

Hijo mío, sacerdote: ¡cuánto mal hay en el mundo!

La humanidad está inclinada al pecado y, aun sabiendo que ha ofrecido el Señor, su Dios, como sacrificio, su propio cuerpo, derramando su sangre hasta la última gota, para perdonar sus pecados, los siguen cometiendo.

Dios no se equivoca, es perfecto. Su sabiduría es perfecta y divina. No se equivocó cuando creó al hombre imperfecto. Él lo pensó así, desde antes de todos los tiempos, para probarlo

en el amor, y darle libertad de elegir perfeccionarse en Él y alcanzar la vida eterna, o permanecer miserable y morir.

Generación tras generación la humanidad ofende a Dios con los mismos pecados, no hay nada nuevo bajo el sol. Pero en Jesucristo todo ha sido renovado.

Él vino a revelarnos que todos podemos ser santos. Él mismo buscará a cada uno al atardecer.

Él, que vino al mundo para nacer entre los hombres, padecer y morir por cada uno en la cruz, y resucitar para darles vida, ha hecho la promesa de regresar. Con su palabra reveló su segunda venida, y será definitiva, porque vendrá con su gloria, con sus ángeles y sus santos, a recoger lo que es suyo, lo que, con su sangre, ganó y le pertenece.

Tú has sido enviado como precursor de su advenimiento. A través de ti Él quiere asegurarse de que encontrará fe sobre la tierra. Te ha configurado con Él para perfeccionarte. Y eso es posible, si eres fiel y permaneces en su amor, haciendo lo que Él te dice, cumpliendo tu ministerio con amor, santificando a su pueblo a través de tu trabajo y tu oración.

¡Alégrate, sacerdote! Que cada día se ilusione tu corazón al amanecer, pensando: ¿Será este día cuando vea por fin cara a cara a mi Señor?

Reza tu breviario con todo el amor de tu corazón, dándole la bienvenida a tu Rey y Señor. Prepárate para ese encuentro cada día. Asegúrate de tener las disposiciones necesarias en tu interior, para poder verlo a los ojos y decirle: "Te he servido, Señor. Soy tan solo un siervo inútil, que ha hecho lo que tenía qué hacer, pero lo he hecho con todo mi amor". Y habitualmente dile: "¡Ven, Señor, mi Dios!"

Y cree que un día te dirá: "Aquí estoy". Pero nadie sabe ni el día ni la hora. Conviértete, prepárate, fórmate, predica y practica la Palabra. Haz siempre el bien, no sea que ese día, que debe ser de alegría, te tome desprevenido, y sea para ti de terror.

No te molestes en preguntar dónde debes estar, en dónde todo esto ocurrirá, porque el Señor es muy claro cuando dice:

“Donde haya un cadáver, ahí están los buitres”; que quiere decir: “No te preocupes, las señales serán claras. Lo verás”.

Mantente alerta para que ese día te encuentre en paz, reconciliado con Él, preparando almas para entregarle y recoger con Él el fruto de su sacrificio y del tuyo, unido a la cruz salvadora, que es la señal prodigiosa del amor de Dios por la humanidad, y su predilección por ti, que te ha invitado a compartir.

Asegúrate de que el rebaño que te ha confiado esté listo para ser tomado y jamás abandonado. Es así como el Señor glorificará al Padre en ti.

Acude a mi auxilio, porque, te aseguro, que todo aquel que se mantenga junto a mí, será protegido bajo mi manto maternal, para ser tomado cuando llegue la hora, y jamás abandonado.

Ven, toma mi mano. Yo te acompaño.

> **«A**sí, pues, porque no limitaran su fervor a ese día, el Señor no revela ni el común ni el propio de cada uno, pues quiere que lo estén siempre esperando y sean siempre fervorosos. De ahí que también dejó en la incertidumbre el fin de cada uno.
>
> Luego, sin velo alguno, se llama a sí mismo Señor, cosa que nunca dijo con tanta claridad.
>
> Mas aquí paréceme a mí que intenta también confundir a los perezosos, pues no ponen por su propia alma tanto empeño como ponen por sus riquezas los que temen el asalto de los ladrones.
>
> Porque, cuando éstos se esperan, la gente está despierta y no consiente que se lleven nada de lo que hay en casa.
>
> Vosotros, empero, les dice, no obstante saber que vuestro Señor ha de venir infaliblemente, no vigiláis ni estáis preparados, a fin de que no se os lleven desapercibidos de este mundo.
>
> Por eso aquel día vendrá para ruina de los que duermen. Porque, así como el amo, de haber sabido la venida del ladrón, lo hubiera evitado, así vosotros, si estáis preparados, lo

evitaréis igualmente»

(San Juan Crisóstomo, *Homilías sobre el Evangelio de San Mateo* (II), Homilía 77)

¡Muéstrate Madre, María!

(*Pastores,* n. 88)

PASTORES: COLECCIÓN DE REFLEXIONES PARA SACERDOTES

La Compañía de María
Madre de los Sacerdotes